

## Isaías 60:1-6

Sermón Isaías 60:1-6 Epifanía 2015 Efesios 3:2-12; Mateo 2:1-12

“«¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti! Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová y sobre ti será vista su gloria. Andarán las naciones a tu luz y los reyes al resplandor de tu amanecer. Alza tus ojos alrededor y mira: todos estos se han juntado, vienen hacia ti. Tus hijos vendrán de lejos y a tus hijas las traerán en brazos. Entonces lo verás y resplandecerás. Se maravillará y ensanchará tu corazón porque se habrá vuelto a ti la abundancia del mar y las riquezas de las naciones habrán llegado hasta ti. Multitud de camellos te cubrirá y dromedarios de Madián y de Efa. Vendrán todos los de Sabá trayendo oro e incienso, y publicarán las alabanzas de Jehová.” (Isaías 60:1–6)

La segunda parte del libro de Isaías comienza con el versículo: “*¡Consolad, consolad a mi pueblo!, dice vuestro Dios*” (Isaías 40:1). Israel sería llevado al exilio. Perderían su patria, su templo, los sacrificios. Serían esparcidos a los lugares más lejanos de la tierra. Pero un remanente en esas situaciones se arrepentiría de su desobediencia y su incredulidad. Necesitarían consuelo, y consuelo habría, según la clara intención de Dios expresada en esa oración que establece el tema de todo el Segundo Libro de Isaías. El pueblo volvería de su exilio, Jerusalén sería reedificada. Pero sobre todo el mensaje del consuelo se centraría en la venida de Cristo, el Mesías, para liberar no sólo a su pueblo Israel sino para ser a la vez la luz para las naciones. La Epifanía celebra estos hechos. El pueblo creyente de Dios tiene toda razón para regocijarse, porque venía a ellos el libertador que sería para el mundo entero. Veremos la necesidad de esta liberación, la gloria de esa liberación, la extensión de esa liberación, el resultado de esa liberación.

Tanto el pueblo y el mundo entero de los gentiles necesitaba la liberación que traería Cristo. Isaías describe la situación del mundo entero en el versículo 2 de nuestro texto. Dice: “Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones”. A pesar del tiempo futuro usado en la traducción, lo que el versículo describe no es sólo futuro, sino es la condición desde que Adán y Eva cayeron en pecado en el Huerto de Edén.

Cuando el hombre se rebeló contra Dios, perdió la única luz que hay en este mundo. Perdió la imagen de Dios, la comunión con Dios, y se hizo sujeto a la condenación a la muerte eterna. August Pieper comenta aptamente de esta condición de la humanidad: “La luz es un símbolo de la verdad, la bondad, la vida, la felicidad, la salvación; la oscuridad es un símbolo de la ignorancia, el pecado, el luto, la desgracia, la condenación. Dios mismo es Luz, el Padre de las luces, y se viste en luz como en un vestido; mora en la luz, y llena todo con la verdad, la vida y la bienaventuranza. Fuera de Dios hay sólo oscuridad, mentiras, muerte, lloro y crujir de dientes. El mundo está totalmente en las tinieblas. Lo que el mundo conoce o no es verdad o es una exhibición falsa; a lo que aspira es malo o vano; sus emociones son engaño o dolor de corazón”.

El mundo apartado de Dios, dedicado a las diferentes formas de idolatría, ése es el mundo que Isaías describe aquí. Y el hombre no tenía cómo liberarse de esas tinieblas. Los hombres pueden proclamar que los productos de su propio intelecto son luz, como sucedió en la apostasía de la época que se llama de la ilustración en el siglo XVIII, pero esa luz era en realidad un volver a las tinieblas negando al Dios Salvador y su palabra. Jesús nos advierte: “*si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?*” (Mat 6:23). Y esas tinieblas en su mayor parte también se apoderaron del pueblo escogido de Israel, que dejando la palabra de Dios se había dedicado también a la idolatría y había provocado la ira y el castigo de Dios.

Pero ahora viene sobre el pueblo la gloria de la liberación. Así que el profeta exhorta: “¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!” Ha venido un Salvador a su pueblo. Cuando Jesús nació, los ángeles proclamaron: “*No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor*” (Luc. 2:10–11). En verdad, Israel tiene toda razón para levantarse y resplandecerse. Había venido su luz. La gloria de Jehová había nacido sobre esta nación. Esa gloria apareció a los pastores para dirigirlos a aquel que había nacido para ser su Salvador. Cuando el ángel vino para dar este mensaje se dice también que “la gloria del Señor los rodeó de resplandor”. Aunque eran pocos los que lo estaban esperando, vemos a Simeón y Ana, que contaron del niño Jesús y de cómo habían visto en él su salvación a los que esperaban la redención de Israel. Frente a las

tinieblas que cubrían la tierra y gran parte de Israel, escuchamos que “sobre ti amanecerá Jehová y sobre ti será vista su gloria”. En Jesús, Dios mismo había venido para vivir entre su pueblo, cumpliendo todas las promesas de un Salvador que Dios había dado a su pueblo desde los días de Abraham.

Pero veamos también los resultados de este brillo y luz de la salvación que inauguró el nacimiento de Jesús. No sería sólo el remanente de Israel que sería salvo por él, sino que fue el mundo al cual Dios había amado tanto que dio a su Hijo unigénito por él. “Andarán las naciones a tu luz y los reyes al resplandor de tu amanecer”. También muchos que no eran de la nación de Israel escucharían de la salvación que Dios había enviado a Israel. Isaías ya había hablado de eso en el capítulo 2 en la primera parte de su libro. *“Acontecerá que al final de los tiempos será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes; será exaltado sobre los collados y correrán a él todas las naciones. Vendrán muchos pueblos y dirán: «Venid, subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob. Él nos enseñará sus caminos y caminaremos por sus sendas».”* (Isaías 2:2–3). La salvación de los gentiles es presentado bajo la imagen de una gran peregrinación de naciones gentiles a Jerusalén, que se ha convertido en la cumbre de todas las montañas. Se presenta como una verdadera conversión de gentiles a los caminos de Jehová, un unirse al pueblo que Dios había escogido como cuna de la salvación.

¿Pero cómo sucedería eso? No con una peregrinación física, sino una espiritual. Isaías siguió diciendo: *“Porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra de Jehová”*. Los mensajeros de la salvación en Cristo Jesús saldrían desde Israel y alcanzarían “lo último de la tierra”. El mandato que Cristo daría a sus seguidores antes de su ascensión fue: *“Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”* (Mat 28:19–20). De Pablo cuando se convirtió se dijo: *“Instrumento escogido me es este para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de reyes y de los hijos de Israel,”* (Hech 9:15).

Y en la Epifanía tenemos un primer indicio del cumplimiento de la profecía de nuestro texto. En Mateo 2 se nos dice: *“Cuando Jesús nació, en Belén de Judea, en días del rey Herodes, llegaron del oriente a Jerusalén unos sabios, preguntando: — ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?, pues su estrella*

*hemos visto en el oriente y venimos a adorarlo.”* (Mat 2:1–2). Gentiles del oriente, unos magos, tal vez por la profecía de Balaam en el libro de Números, o tal vez por tradiciones que había dejado Daniel en el oriente, sabían de la promesa de Dios de enviar un Mesías para su pueblo Israel. ¡Y ellos también querían adorarlo! Son sólo los primeros de muchos de todas las naciones de la tierra que vendrían a Jesús para reconocer en él su Salvador del pecado. La luz que brillaba en Israel atraía también las naciones del mundo para poner su fe y confianza en él y esperar de él la salvación eterna.

Y esos gentiles conversos también traerían con ellos muchos de los hijos perdidos de la casa de Israel. “Tus hijos vendrán de lejos y a tus hijas las traerán en brazos. Entonces lo verás y resplandecerás”. La iglesia también ora para que el antiguo pueblo de Dios se convierta a su Mesías que ha venido para su salvación, y un remanente todavía lo hace. Son retratados aquí como llevados por los nuevos creyentes gentiles para unirse con el pueblo creyente elegido de Israel, de modo que el pueblo del Mesías se hace un pueblo compuesto de creyentes judíos y gentiles que ahora forman el verdadero Israel de Dios. Esto es lo que Pablo en Romanos describe, cuando dice: *“Pero yo pregunto: ¿Será que los israelitas, al tropezar, cayeron definitivamente? ¡De ninguna manera! Al contrario, debido a su transgresión vino la salvación a los gentiles, a fin de provocarlos a celos. Y si su transgresión ha servido para enriquecer al mundo, y su caída, a los gentiles, ¿cuánto más lo será su plena restauración?”* (Romanos 11:11-12).

Y esas multitudes no vendrán con las manos vacías. Dedicarán a sí mismos y a todos sus tesoros al servicio de aquel que daría su vida por ellos en la cruz del Calvario, pagando en su lugar también su deuda del pecado y su condenación. Nuestro texto presenta los tesoros de las naciones viniendo en grandes caravanas al pueblo de Dios. “Se maravillará y ensanchará tu corazón porque se habrá vuelto a ti la abundancia del mar y las riquezas de las naciones habrán llegado hasta ti. Multitud de camellos te cubrirá y dromedarios de Madián y de Efa. Vendrán todos los de Sabá trayendo oro e incienso, y publicarán las alabanzas de Jehová”. Y aquí también tenemos un primer indicio de esto en el acontecimiento que celebramos en el día de la Epifanía. Los magos efectivamente vinieron para adorar al recién nacido Rey de los judíos. *“Ellos, habiendo oído al rey, se fueron. Y la estrella que habían visto en el oriente iba delante de*

*ellos, hasta que, llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño. Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. Al entrar en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose lo adoraron. Luego, abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra” (Mat 2:9–11). En Romanos 12 escuchamos: “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto” (Romanos 12:1). Que nosotros también, gentiles que hemos acudido a Jesús como nuestro Salvador, le alabemos y le dediquemos todo nuestro ser y todo lo que tenemos para su honra y su gloria. Amén.*